**Una cruz en abismo**

Latidos y parpadeos se detienen, el cuerpo trasciende a terrenos baldíos y el alma peregrina en busca de un idílico abrigo.

¡Que ingenua es la conciencia que concibe el fortunio del edén!. Condenados están los espíritus a naufragar en el sádico y áspero infierno, percibir en el recuerdo el reflejo de un fracaso terrenal, padecer del agobio en la ausencia de compasión y contemplar el nefasto destino.

La sangre se penetra en las venas del oscuro infierno, masas de cuerpos deformes y perdidos, sus rostros reflejan el desasosiego y la angustia de la espera, deambulan en un rectangular y extenso pasillo, con paredes de rocas y cuerpos enterrados, todos esperando sumergirse en lo profundo del sombrío lugar y recibir su castigo. La odisea inicia con los sollozos de los indiferentes terrenales, seres implorando indulgencia. Sanguijuelas han extirpado sus ojos, sus pies se encuentran descalzos, el suelo se divide en dos corredores, cubiertos de puntas de puntas afiladas y en llamas, que se incrustaban en los pies de los torturados; inútiles para caminar dirigen sus pasos al vacío, que se encuentra en la mitad de los dos callejones, tenebroso lugar donde deplorables animales dirigidos por Fernir devoran sus cuerpos. Suplican ser orientados por los individuos que transitan los pasillos del devastador infierno, para evitar descender y ser carcomidos, sin saber que éstos a su vez, han perdido el sentido de la escucha al instante en el que ingresan.

Un puente estropeado conduce a los ególatras y soberbios a un repugnante callejón, obligados a recomponer los extensos pasillos del infierno, manchados por la sangre de todos los cuerpos hostigados, retiran las rocas para sepultar organismos putrefactos que han expirado en el castigo, sacian su sed bebiendo de la sangre derramada y descompuesta, padecen del agobio en la espera de un final.

El frío y desolado camino conduce a tres entradas, en la mitad de éstas se encontraba Draugr, hombre dotado de fuerza, que brotaba de un agujero profundo para reprimir a los castigados y llevarlos a sus respectivos opresores. A la derecha del extenso pasillo una puerta cubierta de largas y robustas ramas se encuentra vigilada por el esqueleto de un búho, de piel escamosa y ojos carmesí con una mirada que trasciende la del iracundo pecador. Generaciones de seres ingresan por esta puerta, todos aquellos que permanecieron inmersos por voluntad en la ignorancia, y acudieron al lenguaje para estropear el intelecto, aquellos individuos mediocres y resignados a naufragar en el silencio, penetran en un bosque desamparado y oscuro, en la búsqueda vana de alguien que oriente su rumbo, exploran salidas cortas que los llevan a ser torturados por demonios, los cuales extirpan sus cabezas e introducen víboras por su boca.

En la izquierda del gran callejón una puerta ajada sostiene un cuerpo torturado, lágrimas de sangre recorren su con rostro y su mirada arde en las llamas del infierno, tiene en sus manos un hacha sujetada que Draugr le ha instaurado. Violentos terrenales son conducidos a este mefistofélico lugar, en su recorrido son fustigados por animales cuadrúpedos, que poseen dos cabezas y afilados dientes; se dirigen a su destino, demonios con cuchillos y estiletes extraen su piel, arrancan su cabello y extremidades sin clemencia, y son obligados a sepultar su piel en una profunda tierra.